



CUMPLE AÑOS



AÑO II
 N.º 53
 Marzo 3 de 1895
 PRECIOS de SUSCRICION
 Montevideo y Departamentos

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	» 5.00
Un año.	» 9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equivalente,
 con el aumento del franqueo
 Número corriente 30 centésimos y Número atrasado 40 centésimos
 De venta en las principales librerías
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301
 MONTEVIDEO

Ya tengo un año, lector,
 lo que no es poco contar!
 Que á los cien me hagas llegar
 y gracias por tu favor.

SUMARIO

TEXTOS.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«Para Ellas» (Rayo de luz), por Alina Doré.—«La sensible», por R. C.—«Fragmento de una carta de soltero», por Carlos Lenguas.—«Mascaritas», por Pepe Ortega.—«La Virgen», por Nemo.—«Las carreras de hoy», por Zapican.—«Entre dos fuerzas» (novela), por Arturo A. Giménez.—«Menudencias».—«Correspondencia particular».—Avisos.

GRABADOS.—«Cumpleaños», por Wimplaine.—«Para Ellas» (Retrato de niña), por Aurelio Giménez.—«El entierro necesario», por Wimplaine, y varios intercalados en el texto, por Giménez.

Si no miente el calendario hoy es día extraordinario para CARAS Y CARETAS, pues que nos ha hecho echar canas en cincuenta y dos semanss bien completas

Sí, lectores; será extraño, pero hoy hace justo un año que el semanario os visita, y el cumpleaños número uno acudió fiel y oportuno á la cita

¡Sólo un año! justo fuera que como *nene* os dijera balbuceando con descaro. ¡*Letodes, mu bueno día!* más quizá se enojaría Don Amaro...

Y luego, que aunque á edad tal fuera justo y natural que cual todos tal hiciera, hasta ahora no ha balbuceado ni se ha caído, ni ha mamado... tan siquiera!

Cosa por cierto muy rara aquí en que nadie repara en hacerlo tal cual vez, y en que tantos de ruin casta *maman* desde chicos hasta la vejez.



Diablos, se nos acaba el Carnaval, y es una lástima porque, como quiera, mientras dura la fiesta el Gobierno no hace barbaridades y se entretiene en hacerlas el pueblo por no ser siempre espectador.

Eso sí, con la diferencia lamentable de que el Gobierno hace las barbaridades con el pueblo que las aguenta, y el pueblo las hace consigo mismo y deja al Gobierno que las admire.

Los que aún nos empeñamos en divertirnos

¡MISERABLE!



Mas aunque sea en tal lugar cosa rara, sin mamar ni balbucear, ha logrado vivir tranquilo hasta aquí, sin ser Presidente, ni diputado

Y en su cumpleaños, señores á sus amables lectores manda un saludo afectuoso y á los colegas un ciento de abrazos (Seré un momento generoso.)

Y á todos mil gracias por que lo han tratado mejor de lo que podía esperar, y á todos disculpas pide si es que...

(La emoción le impide continuar)

en Carnaval, gracias á la situación que atravesamos con el alma atravesada de dolor y sin ver desgraciadamente el bolsillo atravesado por moneda alguna, hemos tenido que darnos en cuerpo y alma á Terpsícore, por no darnos á todos los diablos de puro aburrimiento.

Allí como quiera se entretiene uno un rato charlando con los conocidos de ocasión, aunque baile uno como un caballo del trenvía con espuelas.

Porque habemos muchos así.

—Sí amigo, me ha dicho ocho veces Cleofe. Es una desgracia esta que yo tengo; que no puedo bailar *schottiss* sin soltar cuatro patadas á cada lado que no parece sino que quiero derribar la habitación á tazazos.

—Pues no baile usted *schottiss*.

—La otra noche echeme á bailar un *boston*. —Ah, esos como que son más candenciosos y se bailan arrastrados...

—Y tan arrastrados que al poco rato arrastré

á mi compañera, y di con ella en el suelo pisándole las narices de un modo atroz, en la caída.

—Se las deshizo usted.

—Por completo.

—¡Qué barbaridad!

—Barbaridad fué la que hizo luego el padre con mi cabeza.

—¡Qué hizo, hombre!

—Se cojió de mis cabellos como un animal, resuelto á arrastrarme por la habitación. ¡Que si no le arrancan de mí, me arranca la cabeza!

Hay jente así que en todas partes sufre quebrantos, pero, de todos modos, siempre conviene más ir á los bailes que andarse por las calles, espuesto á que cualquier caballo de esos de la policía de Extramuros le baile á uno una zamacueca sobre la barriga.

Lo mejor es la parte íntima de los bailes, todos esos detalles encantadores del tocado y demás preparativos.

Claro es que como la jente no está para gastaren disfraces, los improvisa con lo primero que le cae á mano.

Don Poncio Pilatos Garcia, por ejemplo, iba la otra noche con la jarra de lata del juego de lavatorio puesta á guisa de morrión y el felpudo del zagan pendiente del pescuezo por delante, sirviendo de delantal de piel. A todos los que le preguntaban decía él que iba de hachero.

La señora que iba de Susana de la *Verbena* llevaba, supliendo al manton de manila, el hule floreado de la mesa de comer. Claro es que la pobre señora iba como envuelta en un manton de lata barnizada, pero la jente de buen humor no se para en barras.

En el baile en que les ví encontré también á Amelio, un mozo muy tímido aunque tonto.

—¿Y, no ha estado usted en el corso? que allí sí que se arrojaban *serpentina*s á las niñas!

—Ah, estuve, sí.

—¿Y como le fué á usted?

—Eh... mal, yo soy muy distraído: es una desgracia. Pasaba en un coche una niña muy linda que á mi me gusta: me miraba... yo me atonté con aquella mirada... tenía una *serpentina* en una mano y el baston en la otra... me equivoqué, y en vez de la *serpentina* le arrojé el palo por la cabeza.

—Es usted muy desgraciado, joven.

—Ah, sí señor; la noche anterior al agacharme para recoger una flor que había arrojado una señorita, me dió un caballo un par de coces á traición.

—Le rompería á usted el alma!

—No señor... no fué el alma precisamente, pero me rompió algo...

Nos interrumpieron los chistidos de la jente que reclamaba atención.

—Un joven va á cantar, dijo Amelio.

El papá que casualmente se hallaba cerca apresuróse á darnos algunos datos.

—Eh... está aprendiendo. La madre que es... que es... ¿cómo se dice? ¿las mujeres que cantan?...

—Cantatriz.

—Eso es; es cantatriz, y lo ha hecho á él *cantatrizo*; pero todavía canta de oreja.

—¡Eh!

—De oído; oigale usted.

El *cantatrizo* dió cuantas veces pudo un *mi* por un *la*, un *fa* por un *si*, y un alarido por un *do*.

Algunos hubieron de pegarle, y otros más piadosos se contentaron con llamarle bruto.

El pobre joven pedía por Idiarte Borda y toda su familia que le dejasen marchar, pero el padre que era inexorable le obligó á bailar cuadrillas con décimas cantadas en los intermedios de figura.

A la madrugada de vuelta ya, vi á Don Poncio Pilatos que llevaba en la mano su jarra-morrión llena de vino robado en el baile.

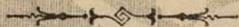
Esto es lo malo que tienen los bailes; los escesos que provocan. Y de ahí el cólera, que, á lo que dicen, ya tenemos en casa.

Eso sí; añaden datos que casi casi debieran ser tranquilizadores.

Con los desarreglos que habían cometido los fallecidos, cualquier hipópota mo joven y delicado moría de indigestión.

Hay jente que se come catorce zapallos y luego no quiere indigestarse.
 ¡Ni con el estómago de S. E. Don Juan, ya probado en cien rudas batallas culinarias!
 No obstante, ahora ya nadie quita á la jente que el cólera se nos ha venido.
 ¡Si solo se vuelve hablar del bacilus!
 Anoche decían dos:
 —Ya tenemos el bacilus en Montevideo.
 —¡Córcholis! Y ese no perdona. Al que toca despacha.
 —Pero hombre ¿cómo le llaman entonces bacillus coma?
 —¿Y qué?
 —Que si así mata, debieron ponerle bacillus punto final.

ARTURO A. GIMENEZ.



PARAQUERAS

RAYO DE LUZ

La campana de la Matriz lanza ba regocijada al espacio en que chispeaba el oro de un sol radioso, sus vibrantes ecos que iban á perderse revoloteando trémulos en el inmenso azul transparente, profundo y límpido de la gran mañana otoñal.
 Y el cielo acogía alborozado abrazándolos y fundiéndolos en sus ondas pálidas aquellos ecos de una gran voz que conducían el alado sonido á la opulenta orjia de la luz; aquellos primeros ecos que se escapaban volando de la campana al primer toque de llamada a misa de once.
 La alta nave empezó á derramar lentamente sobre el atrio, como una onda de perlas que avanzara mansa y tranquila, el monton de belleza que acumulara allí la misa de diez.
 ¡Había tantas muy hermosas!
 Apercibí dos ojos negros, grandes, profundos y misteriosos como la noche, que al rasgar un cútis de raso oprimido por dos hoyuelos deliciosos que jugueteaban con la risa á ambos lados de la boca, aparecían para dar salida á destellos suaves y fujitivos como las luces caprichosas del saco de *peluche* azul que cubría el busto.
 La mañana, el oro del sol, las ondas de azul, la brisa fresca la acariciaron un rato aún.
 Pero cuando Elisa Lenguas desapareció de mi vista, me pareció que los últimos ecos del último toque de llamada á misa de once, que resonaban lejanos en la alta torre, ya no revoloteaban regocijados al no encontrar radiosa y alegre como antes, en la opulenta orjia de la luz, á la gran mañana otoñal.

Ay, cuantas cosas malas sobre el Carnaval he oído y leído estos días, muchachas!
 ¡Qué barbaridad! Esos filósofos mal humorados son terribles como los tontos. Si por ellos fuera, segura estoy de que pondrían cuatro semanas santas por mes, y eso, sin sábado de gloria.
 Que el Carnaval se acaba, que se muere, que es menester matarlo, que ya está muerto.
 ¡Que sí! Mientras haya en el mundo juventud y belleza y alegría, se quedará el Carnaval tan fresco como hasta ahora. y ellos con su moral despechada de biliosos fanáticos.
 Por Dios, qué pecado, divertirse! ¡qué inmoralidad, dar bromas! ¡Qué desvergüenza, cubrirse un pedacito del rostro con un antifaz!
 A creerlo, debiéramos volver al viejo tiempo de las entocadas dueñas y de las encubiertas doncellas..
 ¡Ja ja! Según los tales, vámonos todas al convento y dejemos la sociedad cuyos deberes Dios nos impone, condenando el egoísmo que nunca fué bueno.
 Decididamente los terribles moralistas de que les hablaba son zonzos, para llamar las cosas por su nombre.
 Porque ¿no les parece á ustedes una tontería ridícula pensar que Marieta Pons comete un gran pecado yendo al baile del club con un lindo traje de marina como fué; que Chichí Castellanos está ya condenada al fuego eterno por que asistió al baile con un precioso traje de



trébol de cuatro hojas, ó que Ema Torrens ha cometido una inmoralidad vistiéndose de alguacil, ó que el domi nó punzó de María Cibils debe transformarse en el sayo gris del penitente?
 Si da risa pensarlo ¿verdad?
 Eso sí, ellos aseguran que el Carnaval está ya muerto ¡Lo qué es el deseo!
 Que lo diga el precioso corso del martes, en que todo Montevideo sia preocuparse de horrible pecado (!) que implica el arrojarse las bonitas serpentinas, acudió en masa llenando las calles, por completo desalojada de los mascarones callejeros, restos del Carnaval de antes.
 Ese, el Carnaval grosero de la calle, del oso, del turco de la vejiga, del negro sucio, ese es el que ha muerto.
 El otro, el distinguido, el espiritual, el fino, ese va cada vez mejorando.
 Yo no me olvidaré del último corso.
 ¡Qué precioso espectáculo, muchachas!
 Todas ustedes, toda la belleza, en los coches, alfombrando de flores el paseo, todas sonrosadas con el calor de la lucha, arrojando flores, flotando en el aire tranquilo mil cintas de colorés, saludos lejanos de pequeñas manitas enguantadas, cintas que se cruzaban, enredándose, tejiéndose maravillosamente, formando puentes llenos de secretos, de un balcon á un coche; dejando ver entre sus líneas de cruce toda una visión de lindas caras en los balcones y un derroche de luces

azules y blancas tras de aquella red semejjando un gran toldo flotante y calado, bajo el cual los mil faroles de los coches semejjahan un ejército de luciérnagas ruidosas y trémulas avanzando en larga fila por la calle alfombrada de flores jóvenes y colores pálidos de papel cortado..
 Vamos; que ha sido precioso.
 Pese á los refunfuñadores despechados, todas somos partidarias del Carnaval de alto tono ¿verdad? Ustedes que asistieron sin faltar una, no necesitan decir sí ¡claro!
 ¿Y á que esta noche no falta una?
 ¡Pues!

ALINA DORÉ

LA SENSIBLE

Una sensible jamona que cumplió los treinta y uno sin que se hubiera ninguno prendado de su persona, al ver pasar su existencia sin poder cambiar de estado.

EL ENTIERRO NECESARIO



Quando asi llegue
el carnaval candoroso
podrá al fin el pueblo
comer, vivir y gozar

cayó enferma de ciudado con una estraña dolencia. El doctor, ¿qué le molesta? le dice ¿de qué proviene la enfermedad que usted tiene? Y la paciente contesta: —¡Ay doctor, mi curación imposible me parece porque este es un mal que crece y me oprime el corazón! —En el corazón no hay nada, dice el médico, después de auscultarla.

—¡Ay! ¡Eso es lo que más me desagrada! Pasó un día y otro día, la paciente se agravaba, la familia se angustiaba y el doctor más se aturdía. —¡Ay, que se muere, doctor! la familia á coro grita. Salvela usted ¡pobrecita! Usted es su salvador! Y el doctor con voz terrible exclama ante aquel asedio: —Señores, ya no hay remedio!... ¡El curarla es imposible! Se muere, y me mortifica: Más no hace en mi ciencia mella; que el remedio para ella no se encuentra en la botica. Y aunque hoy os parezca extraño remedio hubiera tenido á haberle dado marido hace lo menos diez años. Ajitóse la paciente cuando el médico calló: dió un fuerte suspiro, abrió los ojos lánguidamente, incorporóse en el lecho y exclamó con alegría: —Puede que ahora, todavía me pudiera hacer provecho.

R. C.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE SOLTERO

... «Y la verdad es que todavía no he podido averiguar, á los veinticinco años que tengo, si he nacido algo tonto ó simplemente desgraciado.

»Por qué me sucede cada cosa... Hay momentos en que me vienen furiosas intenciones de echar todo al demonio y meterme á cura. Pero ¡qué! Estoy segurísimo que una vez tonsurado, como tuviese que afeitarme la barba, ésta me saldría en vez en la nariz y en las orejas, y, como tú comprenderás, escandalizaría á mis feligreses con tan extraño fenómeno capilar... ¡Oh, no te rías, no te rías! Yo te ruego, Felipe, que me compadezcas. Si; ¡soy un hombre perdido!

»Pero ¿y á mí qué me importa? dirás tú. Bien lo sé: nada te importa; sin embargo, debieras... la amistad... ¿Recuerdas, Felipe, aquellos buenos tiempos relativos de nuestros primeros amores? Aún cuando hubieron de golpearme, entonces me consideraba feliz. Ahora... ¡Buen Felipe, hombre dichoso, escúchame y dime si no tengo razón para suicidarme, ó por lo menos, para desaparecer para siempre de la vista de las gentes!

»Tú sabes que tengo un corazón ardiente y apasionado; tú sabes que las mujeres á pesar de mi grandísima timidez, siempre ha sido mi lado flaco; es ver una, y ¡adiós! ya perdí el seso. Sin embargo, desde aquella desgraciada aventura en que por mi delirio me estropearon sin piedad física y moralmente, desde aquella infeliz aventura mi ardor se moderó un mucho y dediquéme por completo á la música, mi segunda mujer, quiero decir, mi segundo pensamiento después de las hijas de Eva... ¡Maldición! ¡Ve tú! ¡Hasta la pluma, hasta esta querida pluma me vende y me hace traición! Me hace trazar su nombre, que... Pero oye: ¡es preciso que te cuente todo; quiero que veas claramente qué estrella más negra es la mía y cuánta razón tengo para quejarme!

»La primera vez que la ví fué saliendo de misa (¡Con cuánta verdad se dice que tras de la cruz está el diablo!) Fué verla, y ya quedé, Felipe del alma (te llamo tiernamente para consolarme), ya quedé hechizado, trastornado, loco de amor. La seguí anhelante, conteniendo la respiración. Parecióme no serle yo indiferente, pues se volvió dos ó tres veces, muy discretamente, cierto, pero se volvió al fin, y esto, como tú imaginarás, me puso en un estado que necesitaría ponerme un babero

para podértelo contar. ¡Ah! ¡También qué mujer, qué belleza, qué distinción! Yo la miraba arrobado y creía soñar. ¡Dónde estaba, en el cielo ó en la tierra? De pronto mi ideal se desvaneció; la perdí de vista; no estaba ya ante mis ojos. En medio de la calle, loco, delirante, dando que pensar á los transeúntes, me mesaba desesperadamente los cabellos, corría de un lado á otro, buscando ansioso á aquella divina beldad que había tocado mi corazón con ese fuego abrasador que convierte el alma en un volcán y el cerebro en un verdadero manicomio. Sí, porque yo estaba loco, completamente loco, dispuesto á hacer por encontrarla y por que fuese mía, los mayores desvarios, los mayores disparates. Pero el cielo — una vez, una tan sola! — se compadeció de mí. ¡Al fin la hallé, Felipe! No ese día, ni al siguiente, ni al otro; fué por una casualidad. Había sido invitado á una tertulia familiar en casa de un tío mío, y como no pudiera rehusarme decentemente de asistir, con el humor más negro del universo hice mi entrada en la sala. Pero fué entrar y quedarme también deslumbrado. ¡Ella! ¡Allí estaba ella! ¡Oh felicidad suprema! ¡Oh infinito goce!

»Desde aquel instante aquella casa no era la casa de mi tío, sino el paraíso.

Quise moverme y no pude. Entonces mi tío, sin notar el estado en que me encontraba, se acercó hasta mí y me saludó cariñosamente. Yo no sé lo que le contesté; recuerdo únicamente que me puso un violín en las manos y me llevó hasta el piano y se sentó á él para acompañarme. «¿Qué tocamos? dijo. ¿Te parece bien esta fantasía?» Y dirigiéndose á los demás, añadió: «¡Ah! Disculpen que no lo haya presentado á ustedes; es un sobrino mío...» Mientras enumeraba mis cualidades personales, yo, ya algo repuesto de mi primera y fuertísima emoción, afinaba lentamente mi violín, llamando en mi auxilio todas las fuerzas protectoras de la ejecución y el gusto musical, pues nada menos que ella, ella, la luz de mis amores, la estrella de mi vida, iba á escuchar la armonía de mi predilecto instrumento.

»Toqué, toqué como nunca lo había hecho, poniendo en ello todo mi corazón, toda mi vida entera. Cuando terminé una salva atronadora de aplausos saludó aquel número, modelo de ejecución y maestría. (Sin modestia; lo era efectivamente) La vi á ella, á mi Eva, sonreír y aplaudir tal vez más que ninguna. Aquello me excitó, me enloqueció. Me pidieron que tocara luego el piano, y lo hice; toqué lo menos veinte piezas, y aunque sudaba á mares, aunque tenía los brazos deshechos, aquella aureola de triunfo que parecía rodear mi personalidad me aguijoneaba de una manera tal, que ya no esperaba que me pidiesen; terminada una pieza, ya empezaba yo á tocar otra enseguida. ¡Ay Felipe! ¡Es que veía á ella sonreír, aplaudir con sus manecitas enguantadas, con tal entusiasmo, con tal alegría, que el corazón me saltaba en el pecho y las manos me temblaban!... A pesar de estar ya exhausto, rendido de fatiga, consentí en cantar también, pues me lo pidieron, y ella, ella, siempre tan discreta, lo apoyaba con una adorable sonrisa. ¿Cómo negarme? Canté como un bruto, hablando claramente, no porque lo hiciese mal, sino por las piezas que despaché valientemente. Ya no tenía voz, ni aliento, ni pulmones; entonces tuvieron piedad de mí, y se decidió dar unas vueltecitas. ¡Bailar! ¡Dios me librar! Moriría indudablemente en el estado de cansancio en que me hallaba. Sudoroso y congestionado, me aparté un momento para serenarme, pues no era decente presentarme á mi adorada resoplando como un mozo de cordel. Esperé, pero no mucho; algo poderoso á irresistible me arrastraba hacia ella.

»Por último fuf. ¡Fuf! Nadie me condujo, nadie me presentó; estaba á su lado y aún no sabía por qué estaba allí. ¡Ay, Felipe, qué momento! Lo recordaré toda mi vida. Y pensar... Cuando estuve á su lado empecé á hablar, hablé lo que no es decible, empleando todo el calor, todo el fuego de un corazón que estalla de pasión. ¡Hablé, hablé y hablé! Durante horas, años, no sé. Ella sonreía dulcemente é inclinaba la cabeza; pero no decía nada, bajaba discretamente la cabeza y nada más. Yo, delirante, supliqué que me contestase algo aunque fuese para despreciarme ó humillarme. A mis ruegos, á mis súplicas vehementes, hizo ella un ademán desesperado, y sacando de entre la bata un lapicito de oro colgante de una cadenilla á una cartera, escribió rápidamente, temblándole los dedos:

«Disculpe usted, caballero; pero soy sorda-muda de nacimiento.

»¡Oh, Felipe! Si la muerte...

CARLOS LENGUAS



II

—Hola ¿á que no me conoces?

—Vaya un traje!

—De escritor!

No lo llevaba mejor Esquilo.—Celestes goces los de la poesía estética! dejar al público estático con un período enfático escrito en lengua de Bética! —¿Quién eres, jénio poético? Deja verte

—No consiento; lo prohíbe el reglamento... —¿El reglamento? ¡Anaclético!

—Adios mascarita!

—Adios.

—Oye...

—Ahora, no; voy corriendo; mañana, mañana atiende. Me dan más qué hacer los dos!

—Pero escucha...

—Sí, mañana

sin falta

—Oye majadero!

ahora ver tu cara quiero!

—Sí, mañana

—¡Dale Juana!

—¿Verme? Eso lo lograrán

los de casa y tan solo ellos,

los de la familia, aquellos...

—¿Los de casa? ¡Caiste! ¡Brian!

—¿Qué haces, mascarita?

—¿Yo?

Ando buscando el buffet,

y, la verdad, que no sé

dónde... ¿tú sabes?

—¿Pues no?

—Dime entonces...

—Si te esperas...

¿Y eso á la fiesta te trajo?

—Por dar al diente trabajo...

—Tienes buenas tragaderas!

—Más ¿porqué capricho raro

no gastas algo por ver

si te entiende Charpentier...

—¡Cruz diablo! Me costó carol!

Dí pronto...

—La puerta aquella

da al buffet

—Allí me meto

¡Ah! Mira si ves á Oneto...

Yo soy Juan...

—Tú eres Abella!

—Oh, cómo es bella la fiesta! Cuánto de luz y alegría Ella á mi admirar haría Si yo no hubiese... ¡ejem! Esta gopa me sienta qué bien todos me migán; tan guica... soy un lindo mascaguita ¿No sabes quien soy?

—No ¿Quién?

Mai, si me conocen todos y me migán admirados! ¡Cagamba! Son muy contados los que gastan buenos modos como yo... ¡Diablo! no sé como no me has descubierto ¡Pero! ¿aún no?

—No por cierto

—¡Mais je suis Monsieur, mon Dieu!!

PEPE ORTIGA.

LA VIRGEN

La verdad es que Carmelo Porta andaba muy fundido.

Con decirles á Vds. que no tenía un rial pa los vicios Y lo peor es que no sabía de dónde sacar cobres, y jeso por sabido se calla! el hombre sin cobres...

¡Ah amigo! El hombre sin cobres es como el perro apestado, que de todas partes lo echan.

El día anterior le habían tirado con una taba por la cabeza, por meterse á jugar sin plata. Perdió...

Si no hubiera sido hombre de vergüenza, de esos que conocen sus errores, allí misuro achura al vasco que se la tiró.

Pero Carmelo Porta era un gaucho pacífico y hombre de vergüenza. Eso sí. El no tenía alma para engañar a nadie.

Por eso cuando el pulpero lo atajaba á cobrarle unos reales que de tiempo atras le debía, solo atinaba á decirle:

—Déjeme amigo. Si ando con un pié caliente y el otro frío!

¡Cosas de la vida!
Esto repetía Carmelo Porta mientras se dirigía al rancho de ña Graciana donde aquella tarde había baile festejando el bautizo del chico de la patrona.

Y él que hacia ya mucho tiempo que no encontraba con qué tapar una muela, se prometía unos tragos de ginebra y cimarron hasta por gusto, una vez caliente la fiesta.

¡Carachol! Y que había lindos pingos atados al palenque, adornados, con cada apero *chapeao* que daba calor! Había acudido á la fiesta todo lo mejor del pago.

Cuando él llegó, el bastonero medio *duro* daba la señal de empezarse el pericon.

Y jande la rueda!

Carmelo después de conversar un poco con ña Graciana se había recostado á la cómoda mirando, por entre el polvillo que levantaban los bailarines, la rueda del pericon que jiraba sin compas encerrando la pareja de turno.

De pronto una cosa cayó detrás de él, en la cómoda.

Se volvió advirtiendo que era una virgencita de plata que acababa de derr bar, sin quererlo, con el codo.

Linda la virgencita, caracho!

Y echóse á examinarla, detenidamente.

Pero ¡qué ganas de alzarse con ella le vinieron á Carmelo Porta!

Por Dios que si no fuera porque la dueña de casa era amiga...

Aquello era como para sacar de apuros á cualquiera.

Y la verdad es que aunque ña Graciana fuera amiga!

¡Qué diantre! para eso son los amigos, para sacar de apuros á los necesitados.

De todos modos nadie lo veía... lo mejor era decidirse de una vez y guardarla.

Miró á todos lados; todos dedicaban su atención al baile ¡quién diablos se iba á apercibir de lo que él hacia!

Y haciéndose el zongo se guardó la virgencita en el cinto.

Pero ¡qué demonios! Carmelo Porta era hombre de vergüenza, ya lo hemos dicho. El no tenía alma para aquellas cosas.

Apenas pasado un rato desde lo sucedido, se encontró incómodo en aquella casa; le parecía que todos lo miraban con recelo.

No tenía la conciencia tranquila ¡claro!
Decidió marcharse.

Y acercándose á la dueña de casa le dijo:

—Bueno, ña Graciana. Buenas noches; quédese con Dios.

—Y usted con la virgen, dijo ella inocentemente.

Pero figúrense ustedes la sorpresa de ña Graciana cuando vió que Carmelo Porta, muy colorado, sacaba la virgencita del cinto y le decía alargándosele:

—¡No hombre! Si la había agarrado de broma; ahí la tiene!

NEMO.



LAS CARRERAS DE HOY
NUESTROS PRONÓSTICOS

Una reunión interesante es la que se celebrará hoy en Maroñas, y á la que no faltarán ningun *Sportsmen*

El programa combinado es bueno; las cinco pruebas del programa son otras tantas luchas y nuestros pronósticos para ellas son:

- Premio *Apertura*.—Souvenir.
- Premio *Selección*.—Trinchera.
- Premio *Marzo*.—Colibrí.
- Premio *Pot-Pourri*.—Bacheliere.
- Premio *Ráfaga*.—Combatc.—Trinchera.

ZAPICAN.

ENTRE DOS FUERZAS
NOVELA

POR

ARTURO A. GIMENEZ

I

(Continuación)

—Vamos, Delia, decia Isabel; que se hace de noche seremos las últimas.

—¡Ayl! y es cierto; quien sabe si podemos tomar el tren.

Con sentimiento hubo Mario de declarar que, en efecto, era ya hora. Toda la jente que aún quedaba acumulábase al borde de la plataforma, deseando cada cual ser el primero a la llegada del trenvía, y en aquel grupo distingúfanse ya mal los detalles, confundiéndose más a medida que va oscureciendo.

El cielo blanquecino comunica una claridad pálida la tierra; en el horizonte, una fa a de amarillo brillante que se transforma insensiblemente en rosado para desvanecerse en el celeste blanquisco del zenit, separa el, cielo del mar, que deja oír ese rumor sordo precursor de la noche, cesando en el alegre claqueo que hasta entónces produjera el golpetear de sus peque. as olas.

En el lado opuesto, sobre el fondo gris acero del cielo, se divisan los grupos de árboles, negros, inmóviles, como participando de la calma de la naturaleza; y la Iglesia de los Capuchinos dejaba oír a intervalos, en aquel silencio profundo, la vibracion aguda de su campana llamando ala oracion.

Entre tanto, en los baños, los coches del trenvía son asaltados a toda prisa; aún no se han detenido, a la llegada, cuando ya muchos brazos se tienden hácia ellos y, llenos en un instante, emprenden viaje inmediatamente para dejar lugar a otros que, del mismo modo, se llenan apenas llegados.

Delia, Isabel y Mario consiguieron tomar asiento en el último coche. Anochecía.

—¡Jesus; qué tarde es, decia la madre de aquél mirando, casi alarmada, a su alrededor, mientras el coche marchaba haciendo resonar apagado, como ahogado por la calma de la tarde, el campanileo de los casca- beles pendientes de las colleras, sacudidos por el trote pesado e igual de los cansados caballos.

A lo léjos se divisaban aún las casillas y la plataforma, muda, oscura, abandonada, dejando adivinar sus desnudos maderos de los que pendian algunas lucecillas; y el mar rebramaba sordamente embistiendo a la arena.

El regreso, como sucede jeneralmente, fué ménos alegre que el viaje de ida; ya no se veían los detalles del camino, y la influencia de la tarde, esa tendencia a la meditacion, casi al recojimiento que provocau los crepúsculos cuando los acompaña una calma profunda, se apoderaba de los viajeros que iban mas o ménos silenciosos, pensando tal vez en los incidentes que preocuparan su atencion en aquella tarde.

El trenvía entró en las calles centrales de la ciudad que estendian a lo léjos los cordones luminosos formados por los faroles del alumbrado público; las puertas y ventanas de los *restaurants* revestidas de cristales des- lustrados tras de los cuales se adivinaban los salones llenos de luz, proyectaban en el suelo de la calle grandes cuadros luminosos.

Mario, preocupado, parecia no fijar atencion en nada; y apenas cruzó con sus compañeras cuatro o cinco pala- bras hasta que llegaron a su casa.

Allí, mientras Isabel se hallaba ausente dando las últimas órdenes ántes de sentarse a la mesa, no pareció tampoco dispuesto a interrumpir el silencio, aun cuando éste se prolongaba más de lo regular en aquella habitacion, débilmente iluminada por un reflejo de luna, en que Delia y él se hallaban.

Ella habló por fin.

—¿Qué representa aquel grabado? dijo señalando con la mirada uno que, colocado cerea de la ventana, podia verse, iluminado por la luna.

—Representa la escena final de los amores de Hero y Leandro, dijo levantando sus ojos hácia el cuadro. ¿Conoce esa historia?

—No.

—Pues se la voy a contar con todas las reglas del arte. Supóngase que está oyendo leer una de esas nove- las románticas que tanto gustan a ustedes.

Y siguió, empleando aquel tono que hacia dudar de si hablaba en broma o en serio.

—Leandro atravesaba todas las noches el Helesponto a nado para ver a Hero, su hermosa amante. Una noche de tempestad, Leandro, vencido por los elementos, murió al atravesarlo y lan ondas del estrecho solo lleva- ron a Hero su cadáver.

Apesar suyo, Mario iba abandonando aquel tónico burlon con que empezara su historia y, reclinado cerca de la ventana, la seguia con voz más espresiva tal vez de lo que deseara, miéntras el reflejo de la luna bañaba su pálido rostro.

Estaba realmente interesante, casi bella aquella cabe- za descuidadamente apoyada, caída sobre el postigo.

Despues de una corta pausa continuó, animándose a medida que hablaba.

—Hero no quiso la vida sin amor, y murió tambien. Indudablemente, fue un fin digno de tal amor.

Sintiéndolo con tanta intensidad ¡qué importan los obstáculos o los peligros y aun la muerte?

¡Qué almas las de aquellos tiempos!

Ver a la mujer querida, arrojando tranquilamente el peligro, seguro de que un beso restituirá el calor al cuerpo aterido; luchar contra todos los obstáculos para conseguir una hora de placer. ¡Vaya; al pensar que tales cosas obliga a hacer, puede decirse como home- naje a aquellos corazones tan grandes: bendito sea el amor!

I al concluir, sonrió forzadamente como pesaroso de haberse dejado llevar por aquel arranque, pero Delia le dijo, casi conmovida:

—¿Qué le pasa hoy? Nunca le he oído hablar así...

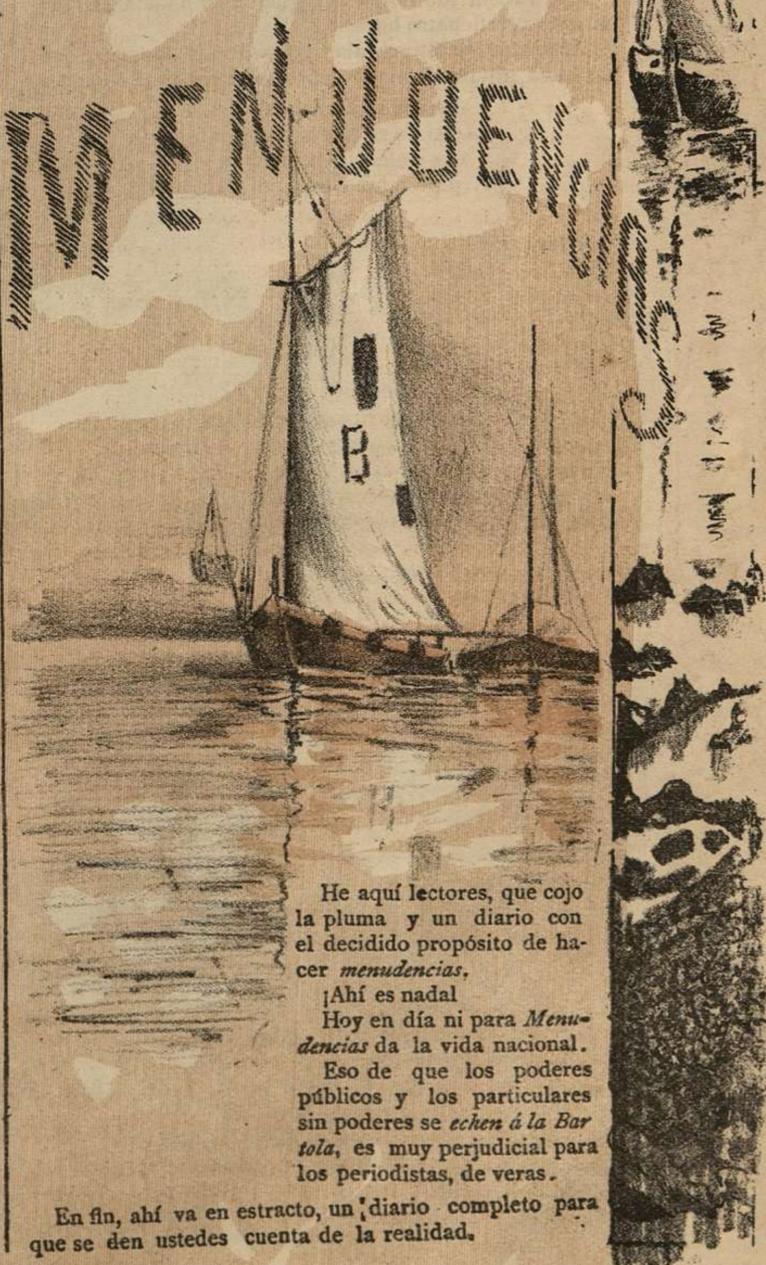
—Es que ahora hablo del amor, contestó él con espresion que queria ser indiferente, y las extravagancias que usted me oye decir siempre, se refieren a ese capricho trivial que ustedes llaman amor y que bien podria llamarse tontería pero...

Iba a declarársele, estaba decidido a ello, y la situa- cion no podia ser más propicia; del amor en jeneral se pasa con facilidad al amor en particular. Sin saber por qué, en aquel momento estaba seguro del éxito, pero, a ese tiempo precisamente, la voz de su madre dijo:

—¡A la mesa!

I fué preciso encaminarse al comedor.

(Continuará.)



He aquí lectores, que cojo la pluma y un diario con el decidido propósito de hacer *menudencias*.

¡Ahí es nadal

Hoy en día ni para *Menu- dencias* da la vida nacional.

Eso de que los poderes públicos y los particulares sin poderes se *echen á la Bar- tola*, es muy perjudicial para los periodistas, de veras.

En fin, ahí va en extracto, un *diario* completo para que se den ustedes cuenta de la realidad.

GUBERNATIVAS.

«Todos los miembros del Gobierno han asistido á sus respectivos despachos, conferenciando largamente cada uno con sus respectivos amigos y contertulios.

Se trataron asuntos de gran interés convenciéndose Presidente, Ministros y contertulios, de que todos saben conversar muy bien.

En resumen:

Pasaron nuestros prohombres conversando gratos ratos, de grato desvarío, . . .
 «y siguió el mundo sin cesar vagando por el piélagos inmenso del vacío.»

**

CERTIFICADOS DE TESORERÍA

«La Tesorería General del Estado empezó á pagar ayer con certificados de tesorería el presupuesto del mes de Diciembre.»

A cualquier cosa le llaman pagar en esta tierra.

Con papelititos así, no sé quién se queda sin hacerse de un tesoro como el de la Nación.

Con certificados que salvando nuestro decoro certifiquen que ya no hay ni un cobre en el tal tesoro.

**

PARLAMENTARIAS.

«El Senado y la Cámara de Representantes no pudieron reunirse hoy por falta de número.»

¡Claro! Que hoy el legislador se ha llegado á convertir en: á fin de mes cobrar, y en el resto no asistir.

**

NOTICIAS DE LA FRONTERA.

«Según noticias recibidas por un distinguido emigrado brasileiro, los revolucionarios brasileiros han obtenido ciento catorce victorias sobre las tropas gubernistas sufriendo ciento catorce derrotas.

Han invadido á Rio Grande cien columnas revolucionarias, y al territorio oriental cien columnas castillistas. Cada uno de los ejércitos ha sufrido la pérdida de un perro muerto de rabia.»

Como aunque hay armas y plata nunca vienen á las manos, siempre empatan, y así á pata quedan todos tan ufanos.

**

SANITARIAS.

«No ha ocurrido novedad digna de ser notada en las últimas veinticuatro horas.

Apesar de las últimas alarmas podemos asegurar que no se ha producido ningún caso de cólera en la ciudad.»

Esta si es noticia fiambre siendo el cólera y el hambre dos dolencias enemigas! pero á nadie se lo digas.

**

SOCIALES.

«La Comisión Directiva del Club Uruguay se reunió el jueves para decidir si daría ese centro ó no el baile anunciado para el domingo.

La comisión decidió que no tuviera lugar la fiesta.»

¡Fiestas tan cultas y bellas que siempre resultan pobres. . . pero. . . no hay quien vaya á ellas porqué hoy no hay quien tenga cobres. Y procedió, ya se vé muy bien la comisión esa. O suprimir la pobreza, ó suprimir la soirée.

**

RECUERDOS.

«Dos meses han pasado desde Navidad, pero en los recuerdos de todos la Noche Santa parece haberse celebrado ayer; tan viva y luminosa ha sido la huella dejada en la mente por las fiestas entonces celebradas.

¿Quién no tiene de la rifa del Club Católico el recuerdo más entusiasta?»

«Huella viva y luminosa dejada en la mente. . . » Vamos; como si le hubiera pasado al cronista un meteoro por la cabeza.

Aunque tal comparación poco chirúmen delata; que fué la hermosa función (del cronista con perdón) no mete-oro; saca-plata.

Correspondencia Particular

Achin.—Montevideo.—Le tengo lástima. Mire usted; cuando escriba. . . pero no, no escriba nunca, jamás! ¡Sin son unas barbaridades aquellas!

R. P.—Montevideo.—Con mucho gusto, pero con la condición de no ser tan suelto de lengua otra vez. Ya lo ve usted; reformado queda mucho mejor.

Yatay-San.—Montevideo.—La caridad cristiana manda que se perdonen las ofensas. Pues, bien: yo me excedo, y perdono hasta los crímenes. Por que un verdadero *poetico-dio* es esto que sigue:

*Entre frescos rosales primaverales
una orquesta de amor se estremecía
y al compás de ella también gemía
una jóven de cabellos rubios y abundosos.*

A. C. y S.—Montevideo.—¡Tonto consumido, digo consumado!

Firulete.—Montevideo.—Está bien.

EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende El Anticuario libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

Estudio Fotografico
de DOLCEHER

Calle Sarandí 359

Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



¿Una mas?

MANUFACTURA DE TABACOS

HABANO XXX

GARANTIDO

OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo deseen, deben enviarlas cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela, y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria.

Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de

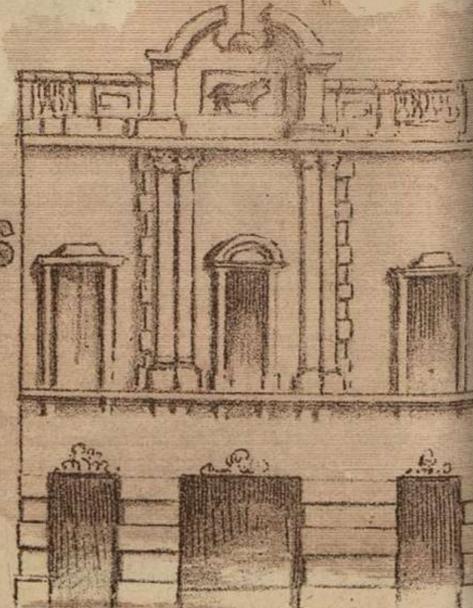
Pesos 1.50 el tomo.



Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA
DE INGLESA
FITZPATRICK

Hace esta fotografia Retratos tan excelentes Que á ella acuden á porfia Las más distinguidas gentes.

EL TORO
SON LOS MEJORESF. CALLEGARIS
ESTUDIO FOTOGRAFICO

IBICUI 228

Fotografía de moda por la high life preferida donde se retrata toda la gente más distinguida.

AL POLO
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

CIGARRILLOS
Habanos

XXX

Casa Fundada en

1874

288 URUGUAY 292